



Fotografía: Guillermo Barba.

Educación ambiental y arte

La terca fe en la Vida

Javier Reyes Ruiz y Elba Castro Rosales

Maestría en Educación Ambiental, Universidad de Guadalajara | Guadalajara, México
 reyesruiz7@hotmail.com
 elba.maestria@gmail.com

El arte existe porque la vida no es suficiente
Ferreira Gullar (poeta brasileño)

Introducción

La educación ambiental como propuesta teórica y de práctica pedagógica no tiene como fundamento la nostalgia por ecosistemas inmaculados; su preocupación trasciende el cuidado de la naturaleza y más bien busca raíces nuevas para las sociedades humanas en su relación con las tramas de la vida. Ello obliga a echar mano de las muchas virtudes y profundidades humanas, pero también a ponerlo todo en entredicho; remover hondos cimientos para imaginar construcciones distintas. En este complejo y seguramente largo proceso de reacomodos y nacimientos, el arte tiene un papel irremplazable no

sólo por lo que ha sido, sino por lo que puede hacer en los urgentes giros que requieren los proyectos humanos de futuro.

Al arte le ha importado más la naturaleza como totalidad en sí que la naturaleza como almacén de recursos y atributos ecológicos, por eso canta antes que describir y celebra antes que diseccionar. En el mundo occidental la educación, enfáticamente la escolarizada, ha privilegiado el desarrollo de la razón (que disecciona y describe) y en dicho camino se ha debilitado el lazo emocional con el mundo que nos brinda el arte. Éste ofrece un lenguaje más amplio y más diverso que permite un tipo de reconexión con

la naturaleza que pone en diálogo dinámico a las dimensiones espiritual y emocional con la racional, lo cual nos conecta más integralmente con el esplendor que envuelve al mundo o con la genialidad humana. Ya John Dewey había insistido en que la educación artística no se limita a acrecentar la sensibilidad hacia las creaciones humanas vinculadas a las artes, sino que es un elemento de formación general que impacta el desarrollo de la mente de los estudiantes al estimular interpretaciones múltiples de la realidad.

Así, el arte es un vehículo de exploración para comprender, desde la multidimensionalidad humana, la profundidad de la vida, la esencia de los problemas y sus potenciales salidas, lo cual lo convierte en un elemento educativo vigoroso y agudo. El arte nos proporciona vitalidades nuevas, giros de conciencia, acercamiento renovado a una realidad que por cruda no deja de ser motivo de inspiración de creaciones estéticas y, desde luego, también objeto de abordajes analíticos que trascienden a la razón, pero no la eliminan. Es posible afirmar que cuando las limitaciones racionales no alcanzan para explicar lo que se quiere, el arte surge como sortilegio que permite esclarecer lo inexpresable.

En este sentido, el arte no es sólo una herramienta de aprendizaje, es un medio de expresión creativa, de encuentro o reencuentro, puente al placer estético; es un territorio humano tan generoso que cabemos todos. En un mundo donde el dinero es el que decide lo que es rentable y lo que no, el arte (el del artista comprometido, no el del coleccionista), en contraste, se preocupa por compartir luces seductoras, comunicar, liberar las capacidades de expresión. Toda obra artística es un espejo (no necesariamente de la realidad, pues tiene mucho de ilusión) en el que los espectadores ven la singular historia que cada uno lleva consigo y palpan el sabor de sus propias experiencias. En otras palabras, el arte nos conecta con nuestra interioridad, con los otros con quienes compartimos el mundo y con la trama de la vida que nos sostiene como personas y como especie.

El arte, como la vida, no es certeza, sino ambigüedad, y en ésta construimos nuestras propias

interpretaciones, es decir, nos enseña a sentir la experiencia humana de construir nuestras propias miradas; y al esculpir nuestras interpretaciones vamos fraguando también nuestra identidad.

Con frecuencia el arte, por momentos más que la historia, se convierte en la prueba de que existimos, de que somos una especie aferrada a la imaginación, al sueño creativo; es testimonio y evidencia de que estamos parados en un mundo cargado de cultura y cimentado en las tramas biológicas de la vida.

Desde luego, el arte es un producto cultural (al igual que la educación y la ciencia) y sus obras no pueden descontextualizarse de los procesos de producción y de las intenciones de sus creadores, por lo que su empleo en la educación ambiental no garantiza, *per se* y en automático, que genere cambios individuales y colectivos hacia una cultura de la sustentabilidad. Los procesos artísticos, los educativos y los científicos tienen sus propias lógicas e institucionalidades y éstas no embonan mágicamente, por lo que el diálogo transformador que potencie fusiones entre estos tres procesos no resulta fácil ni rápido; las estructuras rígidas, los estereotipos y prejuicios, los estilos diferenciados y las fricciones no pueden obviarse. De ahí que no ayude una visión idílica, esencialista, sobre el vínculo entre la educación ambiental y el arte. Sin embargo, ahí hay un yacimiento de posibilidades que urge explorar.

A pesar de la alta dosis de realismo, aderezada de utopía, que debe asumirse sobre este tema, es un hecho que el arte nos regala el asombro, la fascinación; nos llena ese vacío que habita en los ojos cuando la realidad resulta insulsa o desgarradora. Y frente a la naturaleza nos extiende la mirada para redescubrir lo que ésta nos brinda y, en consecuencia, nos ayuda a tender puentes emocionales hacia la poesía que en la Vida existe. El personaje central, intelectual ciudadano convertido en colono de la selva de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier se plantea:

Llego a preguntarme a veces si las formas superiores de la emoción estética no consistirán, simplemente, en un supremo entendimiento de lo creado. Un día, los hombres descubrirán un alfabeto en los

ojos de las calcedonias, en los pardos terciopelos de la falena, y entonces se sabrá con asombro que cada caracol manchado era, desde siempre, un poema.

En este artículo se abordan algunas ideas que revolotean alrededor de la relación entre la educación ambiental y el arte, especialmente para realizar reflexiones, muy sucintas en unos casos y en otros apenas anunciadas, sobre algunas aristas que tal vínculo genera, como sus roces con la ciencia, el compromiso político y la crítica, el arte popular, entre otros.

Arte y ciencia: polarización prohibida

Compartiendo el mismo mundo, el arte y la ciencia han abordado la vida, la exploración de la realidad y la búsqueda de lo que no se tiene o no se conoce. El arte tal vez con más libertad y apertura que la ciencia, pero seguro con menos impacto. Sin embargo, convencionalmente, sobre todo en el marco del proyecto de la Modernidad, se vino afirmando que ambos compartían una posición antagonica: la ciencia pertenece al plano o a la dimensión del saber y el arte a la del hacer; la primera busca la objetividad y la verdad para explicar, el segundo la perfección y la armonía para insinuar. En la actualidad, cuando se pone en duda, al menos desde perspectivas críticas, que el método científico sea el único para conocer el mundo y al arte se le reconoce como una forma válida no sólo de recreación estética, sino de esclarecimiento de la realidad, tal división tiende a irse diluyendo, o al menos esa es una esperanza. Hoy, en medio de una profunda crisis global, parecen presentarse condiciones favorables para que el arte y la ciencia estén más cercanos, lo que puede ser aprovechado por la educación ambiental para construir visiones sociales que, conjugando los aportes científicos y artísticos, contribuyan a formar ciudadanos comprometidos, desde el conocimiento y las emociones, con la sustentabilidad.

El desarrollo de la inteligencia humana, imprescindible para construir la salida a la crisis ambiental, requiere de formas distintas de conocimiento; es en

este sentido que la ciencia y toda su racionalidad y preocupación por el método debe complementarse, entre otras expresiones sociales, con el arte y su subjetividad e imaginación creativa. Oponer a la ciencia con el arte, fundamentándose en la cuestionable dicotomía razón/emoción, es desdeñar la premisa de que no hay arte sin razón ni ciencia sin emoción.

En este contexto, la reconexión entre la sociedad y la naturaleza no podrá darse con una educación ambiental que apele solamente a la razón, que deconstruya el deterioro de la biosfera a punta de datos y conceptos, sino que, de manera ineludible, se requiere impulsar la subjetividad, las emociones, las intuiciones y la inspiración; en ellas también hay sólidos ladrillos para levantar la sustentabilidad.

Tanto la ciencia como el arte nos comunican tiempos, espacios, energías, flujos, ideas, sentimientos, temores y sueños, y la educación ambiental está retada a emplear a ambos para conectar a cada persona con el mundo de manera multidimensional.

Ahora bien, no resulta fácil vincular en la práctica a la educación ambiental, a la ciencia y al arte, no por falta de capacidad o creatividad en los educadores, sino porque no ha sido una tríada explorada abundantemente, de tal manera que no hay todavía suficientes sedimentos en las acciones educativas que muestren riqueza acumulada en tal sentido, pero eso no diluye la sospecha de que también en medio de ese triángulo hay tesoros escondidos.

El arte y el compromiso ambiental

Largas páginas, intensas batallas verbales, catecismos despiadados, ha propiciado el tema, por un lado, del compromiso social o político y el arte y, por otro, el de la creación artística con fines educativos. No es éste el espacio para plasmar los nudos del debate, pero sí para fijar postura: el arte no debe ser vocero de posiciones únicas. Siguiendo a Marcuse, le corresponde guardar autonomía, es decir, no ponerse al servicio de un partido político o de una ideología determinada. Tiene el papel, más bien, de impregnarse de realidad para ayudar a comprender el hoy. Antonin Artaud, en tal sentido, afirmaba que

...el arte tiene por deber social dar salida a las angustias de la época. El artista que no ha abrigado en el fondo de su corazón el corazón de su época, el artista que ignora que es un chivo expiatorio, que su deber es imantar, atraer, hacer caer sobre las espaldas las cóleras errantes de la época para descargarlas de su malestar psicológico, éste no es artista...

Y, justamente, una de las angustias actuales es el acelerado deterioro de la biosfera, frente a lo que los artistas tendrán que posicionarse, aunque ello no será suficiente si, además, no contribuye a esbozar posibilidades de futuro.

El artista que comparte su visión crítica del mundo, que se contrapone con su imaginación creadora a la perspectiva monolítica del poder dominante y funda propuestas estéticas que ayuden a pensar distinto, termina generando una nueva convivencia con el entorno social y natural, es decir, aportando a la sustentabilidad, que es una de las formas de llamarle al deseo de un futuro mejor.

Ante una cultura insustentable que difícilmente encuentra sus propios límites, el arte comprometido no desdeña la estética de la crudeza, del deterioro ecológico criminal y de la violencia social. Y frente al golpe de la denuncia resulta imposible que la conciencia no se abra con sensibilidad, haciendo emanar preguntas, reflexiones y cuestionamientos, que son opulentos insumos de la urdimbre educativa. Ciertamente el arte puede llegar a envenenarse de sí mismo, de su propia estética o de su propia retórica, e ignorar o rechazar la premisa de que no es posible pararse frente a la realidad sin una postura ética y política. Asumir indiferencia (una *no-postura*) ante el mundo y sus crisis actuales, con la intención de no contaminarse, es, sin embargo, también una postura. Al comprometerse al arte no le implica el deber de convertirse en un púlpito para la denuncia social o en una factoría para forjar caudillos o adalides que catequicen sobre *los evangelios del cambio social y la sustentabilidad*; al contrario, el arte debe ser territorio generoso para el debate incluyente, para las múltiples interpretaciones críticas del mundo y para la deconstrucción de un orden social inclemente; y



Fotografía: Alejandro Rodríguez.

también para tirar guijarros que ayuden a encontrar salidas al laberinto y vitaminar las utopías. Como parece que hemos ido aprendiendo: los cambios revolucionarios no se darán con la violencia por delante, sino en la lucha frontal por la interpretación del mundo; ahí la palabra, los símbolos, las imágenes, resultan armas invaluable y el arte puede aportar filo, sustancia y peso.

La educación ambiental, con su crítica a la crisis civilizatoria que hoy campea, tiene en el arte autónomo y comprometido (aquel que parte de que el mundo puede ser distinto no sólo para los humanos, sino para la Vida en su conjunto) un cómplice en la resistencia y la propuesta, en la lucha por mostrar que en medio de la fragilidad que hoy vivimos todavía hay fuerzas y espacios para la celebración de que *otros posibles* no han sido clausurados.

La educación ambiental para la producción crítica del arte

Mucho de la experiencia estética, no sólo de creación, sino de contemplación e incluso del goce en el uso (al portar, por ejemplo, una obra artesanal) tiene una fuerza interpretativa que se catapulta en la profundidad de la educación. Es decir, la sensibilidad humana expuesta a la corporeidad del arte nos traslada a un plano espiritual donde se sobreponen nuevas realidades, de las cuales participamos pensándolas, no sin dejarnos una cicatriz. Estas ideas vigorosas tienen el poder de transformar o refrescar nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos.

El trayecto que va desde la impresionabilidad hasta la transformación del pensamiento y de los sujetos, deja una huella educativa que puede ser evidenciada. Si admitimos que el arte nos forma, nos humaniza desde los actos perceptivos, podemos confirmar que éste puede ser enriquecido con la intencionalidad de ahondar las reflexiones y propuestas desde la perspectiva ambiental. Así, el acto creativo (de interpretar el arte o de producirlo) puede posibilitar un proceso que ayude a elaborar un marco ético que dé un giro completo a los valores instaurados en la sociedad de mercado y de consumo, dando paso a una existencia más sobria y más gozosa.

Hoy, el discurso ambiental, particularmente su brazo educativo, devela desafíos inéditos que demandan una postura histórica y crítica del papel de la producción estética. Desde la perspectiva ambiental, el arte no puede disimular su fuerza en la formación de las crestas que se han levantado en la historia humana y que han significado una mayor demanda por condiciones de dignidad en la habitabilidad del mundo. Estas exigencias implican ahora que, además, el arte lea e interprete la gran diversidad de extensiones y pliegues territoriales y, en consecuencia, oiga las voces de las culturas ahí establecidas como múltiples manifestaciones de la vida; y que también denuncie las maneras distintas en que esta amalgama de tierras y culturas sufre los ímpetus de poder del mercado y la ambición de hipotecar lo común. Si el arte no lee estas particularidades el mundo estará perdiendo futuro y creatividad para cambiarlo hacia

lo posible y deseable. Lo anterior significa que la creación estética, aunque cante y enaltezca las bellezas de la vida, debe formarse necesariamente en la crítica a las bases de la decadencia humana derivada del envilecimiento del proyecto civilizatorio dominante.

Por lo anterior, es innegable que el vínculo dialéctico entre la educación y el arte, desde la perspectiva ambiental, debe ser fortalecido. Tal vínculo significa ahondar en la sensibilidad como vanguardia gozosa de la vida, ensanchar a la ética y con ello acrecentar la voz del educador.

El arte popular y el medio ambiente

Con marcada insistencia se viene planteando que las etnias que se han mantenido al margen del progreso y la modernidad, poseen un repertorio cultural profundamente rico que puede convertirse en un referente fundamental en la construcción no sólo de una renovada relación con la naturaleza, sino también de la sustentabilidad. Estas culturas locales tienen como una de las producciones más populares de la estética a la artesanía. A través de ésta se expresa la belleza como uso que se abraza a la vida cotidiana y nos sitúa en medio de un paisaje territorial e histórico múltiple que es custodiado celosamente.

Por eso, la artesanía tiene una vocación natural para manifestar el estrecho vínculo entre las sociedades humanas y la naturaleza, el cual ha accionado la profunda creación de saberes ambientales territoriales e históricos y con ello se resiste a la conquista de la propuesta civilizatoria de la globalización. Sin negar que se trata de un atrevimiento, a continuación realizamos una interpretación ambiental del artículo *La artesanía, entre el uso y la contemplación*, del escritor mexicano Octavio Paz, pues consideramos que este fértil documento nos abre la posibilidad de esbozar algunos rasgos críticos de esta manufactura estética popular que fortalecen la lectura integrada entre la educación y la producción y/o interpretación artística como contracultura frente al paradigma actual.

Antítesis de la intelectualidad y futilidad. Primero, la artesanía no tiene una aspiración intelectual y

mucho menos una utilidad efímera. Está hecha con el cuerpo, con la corporeidad de un hilo que fue vivo, hecha para el gozo sensual y el uso corpóreo humano. Esta belleza no está calculada con la exquisitez intelectual, ni científica, sino con el regodeo de los sentidos. La artesanía está hecha para tocarse, abrazarse; aunque también se contemple, es una ventana para conectarse al mundo, y en él, con la naturaleza. No es, por lo tanto, un objeto, una mercancía inanimada que pueda tirarse a la basura aunque ya no sirva, nos dice Paz. En ella hay más símbolos orgánicos que estrechan la relación no sólo entre el cuerpo humano, el agua y la tierra, sino de los humanos con el bosque, con los desiertos, con las tramas de la vida. Por la boca de un jarro nos adentramos a una sierra, al vientre de sus culturas, y palpamos el beso peculiar del fuego que sólo sabe darse ahí.

Prodigalidad de la estética. En segundo lugar, la artesanía es una obra parental y pródiga. Es la producción más generosa de la estética hecha por *varios* que comparten lazos con y para otros, quienes además comparten con otros la casa, la familiaridad. En cada obra está reflejada la interpretación estética ancestral preocupada por el otro en la diligencia cotidiana. Por eso en la artesanía no se codician los rasgos estéticos; éstos son compartidos de manera desprendida y generosa. Una sociedad que no privatiza el goce seguramente es más comprensiva con el derecho de gustar, no sólo de alimentarse; con el derecho de cohabitar, no de adquirir una casa; de vivir y no sólo de divertirse; de expresar los sentimientos y no sólo curarlos.

Antagonista de los imperios. Tercero, no se puede concebir a la artesanía sin su resistencia a los imperios, como al español en el caso de nuestro país, pero también al imperio de la industrialización, de las innovaciones tecnológicas y de las modas del progreso. Tal vez porque las artesanías viven en el vientre de la cultura y reflejan que ésta se hace una con la naturaleza de sus territorios. Pero también porque ellas mismas son una práctica anti-imperial que no pretende la conquista de los mercados mundiales. Quizá su concepción de la organización laboral, contraria a la lógica del mercado, sea el secreto de

su sobrevivencia. Nos dice Octavio Paz que las artesanías no tienen, ni pueden tener, horario en el día, más bien obedecen al horario del cuerpo. No reconocen una jerarquía en la producción que no sea la experiencia donde se anida una moralidad y una enseñanza generacional. Los objetos artesanales sospechan de las jerarquías que no practican lo que dictan, y más de las anónimas y masivas. Quizás lo que esté dentro del saber hacer de las artesanías es que no tienen una relación de dominio con respecto a la naturaleza y por ello no sobrepasan los límites de la regeneración de ésta, lo que hoy se conoce como la capacidad de carga de los ecosistemas. Es decir, no pueden generar un vínculo de explotación salvaje frente al entorno natural y, por ende, tampoco del ser humano. Ello implica que en la concepción de las artesanías la producción de ganancias esté muy por debajo de generar vínculos de vida entre las personas y sus ecosistemas. Este paradigma de producción, de enormes implicaciones ambientales (dados sus límites autoimpuestos en la conciencia), es tan ajeno al actual, el de las sociedades occidentales, que casi nos parece imposible concebirlo aplicado a la industria o la manufactura en serie.

Impugnación a lo efímero y lo eterno. Finalmente, Paz nos comparte que la artesanía es ese objeto que se goza en el día a día... su belleza nos va acostumbrando a una rutina íntima y, en ese uso, la vida se le va desprendiendo. Son las cicatrices que deja el desgaste lo que nos dice cuánto la apreciamos. Cuando una artesanía ya no es útil, entonces, sin la pretensión de un objeto de museo, será colocada en otro sitio para decorarlo, con otra función y con estima. Por eso, dice Paz, la artesanía no se tira a la basura, como no se tira a un amigo; de ella aprendemos a morir y con ello a vivir, termina el poeta. Apreciamos pues una lección de vida y de muerte, no de reciclado de desechos. Sólo una sociedad tan hipócrita como la nuestra acude al autoengaño para hacer artesanías con la basura ¿acaso no se deprecia la educación ambiental con los impactos ecológicos que generan estos trabajos al tirarlos a los tres días de haberlos creado? Una cultura que arraiga desde el fondo el respeto por la vida, no concibe la



Fotografía: Guillermo Barba.

producción masiva de desechos, pero tampoco se autoengaña. Por lo que también nos hacen mirar a las nuevas generaciones y al aprecio por la persistencia de sus saberes... lo que nos compromete traerlos como lección al presente y prever su futuro.

El acercamiento entre el discurso educativo y la capacidad estética, una deuda esperanzadora

El arte tiene la capacidad de redimirnos la esperanza como especie. Si se lo propone, puede sorprendernos con esa extraña sensación de sentir cómo vamos embelleciendo (y por tanto) expandiendo el significado de "humano" y proyectándolo en los sistemas de vida.

De ahí que el arte requiera asumir una franca defensa del ser humano, arrancándolo de la

aplanadora de la economía de mercado y restituyéndole su condición de elemento de la naturaleza, de la cual fue paulatinamente despojado por un proyecto civilizatorio que propició una escisión que al enfrentar lo humano con lo natural, acarreó la profunda degradación planetaria que hoy vivimos. ¿Sirve la razón para ello? ¿La ciencia? ¿La educación? Responder obliga a desmontar la racionalidad centrípeta que nos instala en la normalidad. Y si la racionalidad económica está tan arraigada en las operaciones mentales cotidianas que han sido telón de nuestras decisiones, el nuevo sentido del ser humano no puede cimentarse sólo, como ya se ha dicho, en la no intelectualidad, en la racionalidad. Habremos de acudir más a la poesía, a las historias, a la escultura, a la pintura, a la música, a la danza, al cine... es decir, al cuerpo y volverlo alma.

No puede dejar de reconocerse que el arte también ha sido tocado por la racionalidad económica. No pocas obras de arte son creadas bajo la lógica de la producción de mercancías que terminan, por lo tanto, depreciando el sentido de la vida. Ese ha sido el hilo más fino de la participación del arte en el mundo del consumo; como lo ha sido también el arte carente de sentido crítico. Esta estética no sirve para la educación ambiental y, ni siquiera podemos reconocerla como “publicidad engañosa”.

Así, la promesa de una producción estética ambiental, como hemos dicho antes en este artículo, no podrá ser obra de un quehacer especializado y menos individualizado, tampoco que parta sólo de las ideas, aunque no pueda prescindir de ellas. Hablamos de producir belleza desde las implicaciones de nuestra naturaleza gregaria y contradictoria, en un mundo diverso y vivo. Que nos redima la experiencia de ser hermosamente humanos.

Conclusión

No sobreviviremos sin imágenes del futuro. Si el porvenir sólo va a ser la repetición mecánica del hoy, el hastío se convertirá en el paisaje dominante. Por eso el arte, que es poderosa memoria, resulta indispensable para que fluyan las imágenes de lo que queremos ser. Afirma Baudrillard, en su libro *El complot del arte*, que “en un mundo consagrado a la indiferencia, el arte no puede más que acrecentarla”; quizá sí, pero tal vez en confabulación con la educación, la

ciencia, los movimientos sociales, el inherente deseo humano de cambiar el mundo, pueda generar convicciones de que los sueños existen y cultivar embriones de un futuro distinto.

La educación ambiental no puede embeberse de la amargura, la desesperanza, el hastío o la melancolía a pesar de que el mundo esté enfermo de escepticismo; su apuesta inmanente es por la Vida, y para ello le resulta indispensable el arte, pues con él es posible acercarse, en medio del festín creativo del pensamiento y de los penetrantes vientos del corazón, al lenguaje supremo de la naturaleza. En esta intención hay, hoy en día, experiencias y propuestas de la educación ambiental que muestran que el arte puede ser un aliado indispensable que nutra de subjetividad, de reflexión autónoma y comprometida sobre la realidad y puede, por lo tanto, convertirse en un elemento de inestimable valor educativo, por su capacidad para provocarnos asombro y miradas nuevas en el proceso de apropiación crítica del momento histórico que nos tocó pisar.

Lecturas sugeridas

PAZ, OCTAVIO (1987), *Compilación de Paz, Octavio. Los privilegios de la Vista. “El uso y la contemplación”, Arte de México*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, en:

<http://mbixii.wordpress.com/2013/05/31/la-artesania-entre-el-uso-y-la-contemplacion-por-octavio-paz/>

